



JORGE PETEIRO | PINTOR

«MI PINTURA SOLO QUIERE POTENCIO»

RAMÓN NÚÑEZ, DIRECTOR DEL MUSEO NACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA, CHARLA CON EL PINTOR JORGE PETEIRO EN EL COLEGIO. DE SU VIDA, SU OBRA Y SUS SUEÑOS. «NO BUSCO LA TRASCENDENCIA: LO IMPORTANTE ES

Hace bastante tiempo que nos conocemos. Más de cuarenta años. Entonces la vida nos había colocado, junto a muchos otros, en el mismo escenario de un colegio pero en papeles diferentes debido a nuestra diferencia de edad. Yo lo doblaba en años. Él entonces tenía las ganas de travesura y la ilusión por jugar de un niño que se niega a entrar en la adolescencia. Jorge Peteiro sigue siendo aquel niño, pero ha recorrido ya un tramo de camino que lo ha llevado al triunfo. Tiene el reconocimiento que más desea: «A la gente le gustan mis cuadros», y se siente satisfecho. Al entrar otra vez en su amplio estudio vemos la realidad del paisaje próximo de Jorge: allí nos espera una mesa con cafetera para hacer expresos junto con cartuchos de diversos colores, otras cosas necesarias para el café y varias cajetillas; en un caballete se apoya un lienzo grande, con dibujo definido pero a medio colorear; veo también un telescopio enfilando una ventana, bastantes

paisajes de ciudades que trato de identificar llenan las paredes, hay a un lado un futbolín donde ya hemos jugado alguna partida, una reproducción del *Guernica* sobre un banco, más allá una máquina de *pinball* de los años 70, no faltan aquí cerca botes con pinceles, tubos de pintura, lápices, rotuladores, disolventes; todo huele a café y a tabaco. El ventanal nos enseña los cambios de color propios del crepúsculo.

—**Muchas veces he dicho que yo en aquel colegio aprendí mucho, sobre todo de mis alumnos. Recuerdo aquellos años con añoranza. ¿Qué recuerdos de entonces dominan en tu memoria? ¿Tienes recuerdos bonitos?**

—Del colegio recuerdo sobre todo el patio... y el gris del hormigón... las canchas de deporte. Es curioso, pero me centro más fuera que dentro, parece como si lo de dentro, las clases y todo eso, se me borrara, como si yo no hubiera ido al colegio... [sonríe feliz con el descubrimiento]. ¡Es verdad!... yo no fui al colegio,

fui al recreo.

—**Pero entonces, ya dibujabas...**

—Dibujaba algo, bastante bien, pero no era el mejor. Los mejores eran Pachi o el Peña, en cada clase había alguno que dibujaba bien...

—**¿Dibujabas en clase?**

—No, en la clase de dibujo no... allí pedía que la lámina me la hiciera otro. Tenía las libretas de todas las asignaturas llenas de monigotes, pero en los libros no pintaba. Los libros eran muy bonitos. Mira, recuerdos buenos son los del comienzo de curso, cuando tenías los libros nuevos y los forrabas con unos celofanes que había, transparentes y brillantes. Quedaba bárbaro. Y al verlos... entonces venían las buenas intenciones. Recuerdo muy bien que me hacía propósitos de que ese año el libro lo iba a estudiar, y tal, pero... al cabo de un poco aquello de estudiar era imposible. Yo no lo sabía, pero era el síndrome de déficit de atención. Yo no soy capaz de centrarme en algo que quiera aprender. Me es imposi-

ble. Estoy seguro de que lo tengo, porque coincide otro síntoma. Dicen que otro síntoma es el tener pesadillas. Yo viví en una pesadilla constante. O sea, yo de pequeño tenía pesadillas enormes, de mucho miedo. Tenía que encender la luz, y mi hermano se cabreaba. Eran siempre las mismas, de algo que te mete miedo. Ahora también las sigo teniendo, pero me río. Desde hace muchos años ya no sufro, pero son de meter mucho miedo. Que te persigue alguien... nadie conocido. Drácula sale bastante, y con él lo paso mal, aún hoy. No se por qué.

—**Tú, que mezclas en tus cuadros junto a objetos reales otros componentes oníricos, ¿pintaste alguna vez a Drácula?**

—No, nunca se me ocurrió. A veces pinté sueños, pero nunca a Drácula. Esa mezcla que dice de cosas en los cuadros sale sola, sin pensar, solo moviendo la mano. No son cosas demasiado trascendentes, yo no le busco trascendencia ni símbolos a lo que pongo. Al contrario, son

TEXTO

Ramón Núñez

FOTO

Manuel Marras



Jorge Peteiro en el jardín de su casa. Al fondo, las camelias, su flor preferida | M. MARRAS

CIAR LA VIDA»

GE PETEIRO, QUE FUE ALUMNO SUYO PASARLO BIEN. SI NO, NADA VALE»

juegos. Eso lo tengo claro. Lo imprescindible es pasarlo bien, divertirse. Si no, nada vale.

—Y en cuanto a los colores, ¿tienes algún preferido?, ¿algún tubo del que sin darte cuenta gastas más? Parece que los azules son frecuentes: ¿el azul?

—No tengo color preferido. Los azules combinan bien y son muy tranquilos... pero no, no tengo ninguno preferido. Lo que me gustan son las mezclas. Yo saco todo de mezclar rojo, azul y amarillo. Esos son los que tengo en la paleta, y luego hago cada uno mezclando, y salen miles y miles de colores. También luego, al poner unos colores al lado de otros en el cuadro, o al estar otro en medio, vuelve a darte otra sensación.

—¿Y dónde aprendiste todo eso de mezclar e inventar colores?

—¿Dónde lo aprendí? Me parece que en la carrera... y en la carrera bien avanzada, porque antes no me enteré de nada. Eso tenía que haberlo aprendido a los 9 años, en el colegio. En el

colegio solo aprendí a pensar, a ver cómo era la gente. Al haber tanta gente distinta allí, ves que cada uno se comporta de diferente manera. En la carrera no aprendí por los profesores ni de los libros, sino de ver cómo hacían unos y otros. Como allí había mucha gente... al lado tenía uno que dibujaba muy bien, y miraba cómo hacía, y cómo es, y cómo piensa... y aprendía. Pero no podía estudiar, no me daba cuenta, pero me era imposible.

—Parece que eso te preocupa.

—Nooo, no me preocupa, pero lo pienso porque me ayuda a conocerme: yo estoy muy orgulloso de ser como soy, con todas las averías que tenga.

—¿Qué consejo le darías a un hijo?

—Bah, no iban a dejarme dar el consejo que yo les daría [se ríe], porque ese niño tendría madre. Yo qué sé. Es difícil... Además, un solo consejo... Que fuera feliz a tope. Yo lo enfocaría por el juego, porque al final me doy cuenta de que el juego es lo único que me importa y lo único que me gusta. Para mí jugar es ser feliz. Me vale cualquier juego, desde deportes hasta las cartas, apuestas... Yo quería convertir mi casa en una pista de coches de choque, y también ando detrás de poner un tióvivo. Quiero conseguirlo. De los antiguos de madera, con caballitos, con la barra. Aún puedes verlos en alguna feria de pueblo. De niño tenía una escopeta que disparaba bolas. Venía en una caja de cartón y era un safari. Al león le tenías que meter la bola por la boca disparando [sonríe ampliamente y abre mucho los ojos].

Era bastante efectivo. Era una escopeta potente, y precisa, pero no hacía daño. Luego conseguí una escopeta de balines. Me costó. El juguete más antiguo que recuerdo (tendría yo tres o cuatro años) era un rompecabezas, con cuadrados de cartón, que en cada cara podías hacer una lámina distinta.

—Jorge, a ti, cuando te preguntan, ¿de dónde dices que eres?

—Soy de Coruña, de la avenida Finisterre, que es donde viví mi infancia. Allí estuve hasta los 18 años. También me siento gallego, pero gallego vinculado al paisaje, no a los paisanos, porque conocí a algunos, algunas discusiones... ¡uf! [sonríe]. Me identifico con el paisaje gallego, y de paisajes tanto rurales como urbanos. Si hago más paisajes urbanos es por la demanda, pero incluso en esos está presente la naturaleza, y la naturaleza gallega... Me gusta incorporar animales de aquí. Pero las ballenas salen solas; si tengo que poner una

forma en un sitio de un cuadro, me imagino un animal. La gente imagina animales y otras cosas en las formas de las piedras y yo, en vez de pintar la piedra, la pinto con forma de ballena, o de carneiro. Ahora pinto ballenas por todos lados. A mí se me va la mano, y luego me doy cuenta de las que hay. Yo me copio a mí mismo y, como estoy rodeado de cuadros, a veces digo: «¡Anda, pues falta la ballena!».

—Antes contabas que aprendiste mirando lo que hacían los demás, pero te imaginarás que los demás también miraron para ti: ¿qué crees que aprendieron?

—Yo aprendí mirando para los demás, pero yo creo que los que miran para mí no aprenden nada, que no saben por dónde va la cosa. Yo no lo sé bien, pero me imagino que el día de mañana, cuando descubran el viaje en el tiempo y todo eso, va a haber una serie de claves, y entonces van a decir: «Mira, pero eso ya aparecía en los cuadros de Peteiro» [se ríe]. ¿Mi aportación...?

Yo no sé, pero mira, a la gente le gustan mogollón mis cuadros. A mí también, ¿eh?

—De acuerdo que gusta... ¿Cómo calificarías tu pintura? ¿Es una pintura amable?

—Cuidado con lo de amable, que es un adjetivo peligroso, porque

«Yo aprendí mirando para los demás, pero yo creo que los que miran para mí no aprenden nada, no saben por dónde va la cosa»

a veces se usa en la pintura en plan despectivo, sobre todo por los que se sienten más listos que nadie y pintan una porquería, porque dicen que esta vida es así, como si ellos se dieran cuenta y tú no. Van por modas, aunque no crean en lo que hacen. Ellos sí que son amables con los galeristas. Mi pintura es amable para el público, pero no para los críticos o los galeristas. Es alegre, sí, divertida, atractiva. Mi pintura quiere potenciar la vida, pero la vida buena, la del juego y la alegría, la vida de verdad. Y para eso no tiene por qué haber límites para una persona normal. Solo hay que limitar a los hijos de puta.

—Vamos a terminar esta charla con unas cuantas preguntas breves, de las típicas. A ver, ya no te pregunto sobre algo a lo que tengas miedo...

—Todo mi miedo viene de la oscuridad. Yo de día creo que nunca tuve miedo. La gente en el monte dice que tiene miedo de noche a que la asalten, o al lobo...

Yo no tengo miedo a la gente ni a ningún animal, ni tengo miedo al hombre lobo. Yo le tengo miedo a Drácula.

—¿Alguna asignatura pendiente?

—A veces sueño, y es una pasada, sueño que aún no acabé el puto bachillerato. Es un agobio del copón... pero solo lo del bachillerato. Otras asignaturas de otro tipo, no. Yo creo que a día de hoy ya cumplí. Lo único que quiero es seguir jugando.

—¿Una flor?

—La camelia. La camelia me salió así, automática, como la pregunta, porque aquí en casa las tengo por ahí y me salió, pero las flores me gustan todas. Sobre todo las microflores, que no sé ni cómo se llaman, pero son una pasada. Voy a pedir a los Reyes de este año una lupa para ver esas flores. Y adelantados.

—Para quien no te conozca, ¿tu plato favorito?

—Mi comida favorita es el centollo.

—¿Algún aroma favorito? ¿Te gusta el olor del tabaco?

—El tabaco lo fumo por necesidad, por vicio. Es una adicción. Yo no puedo decir que para mí fumar sea un placer. Me gustan los olores del campo, de la hierba recién cortada, el del buxo recién cortado es muy bueno, los aromas de humedad,

del humo de la reira. También del mar, pero menos. Es muy bueno también cuando vuelves de Madrid o de un sitio y te

acercas al mar, y a kilómetros te enteras de que ya está el mar. El olor es como adelantarse a los acontecimientos. Sirve para predecir algo antes de que llegue. En Galicia es muy útil.

—¿Algún referencia en la cultura oficial. ¿Algún pintor, alguna corriente? ¿Picasso?

—Tengo respeto por todos los impresionistas. Picasso no. El *Guernica* ese está ahí porque me pidieron un encargo, que haga una versión. Lo estoy estudiando. Lo voy a pasar bien haciéndolo.

Y yo ya estoy deseando verlo. No soy capaz de imaginar las infinitas gamas de grises transmutados a una versión multicolor de Peteiro, ni la potencia cuidada de los símbolos conjugada con las travesuras y juegos triviales en las composiciones, ni el terrible y trascendente dramatismo bélico revestido de la alegría inevitable y desenfadada de la pintura de este amigo.

Nos levantamos. Tras la ventana ha oscurecido.